



Sobre Manuel Ordóñez Aguilar; Irma Hernández Bolaños y Ricardo Govantes Morales (coord.), *Historiografía General*, México, Facultad de Estudios Superiores Acatlán-Universidad Nacional Autónoma de México (Colección Ensayos de Historiografía del Siglo XIX), 2017, 217 pp., ISBN 978-607-02-9218-7 y Manuel Ordoñez Aguilar; Irma Hernández Bolaños y Ricardo Govantes Morales (coord.), *Historiografía de México*, México, Facultad de Estudios Superiores Acatlán-Universidad Nacional Autónoma de México (Colección Ensayos de Historiografía del Siglo XIX), 2017, 426 pp., ISBN 978-607-02-9219-4.

Gilberto Urbina Martínez
Profesor de Asignatura en la
Facultad de Estudios Superiores Acatlán, Universidad Nacional Autónoma de México.
urbina@gmail.com

El análisis historiográfico de obras –algunas conocidas y otras no tanto– que circularon en el mundo occidental y en el México decimonónicos es claro que ha ido en aumento. No podría ser de otra manera si atendemos el avance exponencial experimentado por la disciplina histórica en sus diversas variantes a inicios del siglo XXI. Prueba más que evidente de ello es la publicación de estos libros de historiografía general de México en el siglo XIX, que fueron resultado del trabajo diligente de sus coordinadores, así como de la asidua labor de los integrantes de un seminario interno en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán (FES-A). Conforman, asimismo, parte de los resultados del proyecto *El pensamiento historiográfico de la Antigüedad al siglo XV. Nacimiento y desarrollo de las visiones del “yo” frente al “otro”*, el cual contó con el apoyo de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) de la UNAM; faena encomiable que ofrece un corpus para dar cuenta y analizar historiográficamente obras generales en el primer volumen y en aspectos más locales –mexicanos–, en el segundo.

Habría que entender, como lo sugiere la lectura conjunta de los dos volúmenes, que el siglo XIX fue un escenario en el que se incrementó la escritura en todos los sentidos, dado el avance tecnológico para ello. Además, en dicho siglo se experimentó la eclosión de argumentaciones que intentaron proveer de identidad a los países en ciernes, fenómeno social donde la literatura histórica significó la interiorización del yo frente a los *otros*, tanto en el discurso político como en la práctica cotidiana, lo cual repercutió en un proceso ontológico de reconocimiento respecto al *ser individual*, pero también *colectivo*, es decir, el somos como comunidad de cada una de esas unidades sociales (los Estados Nación) que fueron surgiendo.

En este sentido, libros que nos ocupan proponen una dialéctica entre lo general y lo particular, donde se

releva la concomitancia –siempre problemática, pero que se resuelve satisfactoriamente en sus argumentaciones– respecto a qué es propio, qué es ajeno y qué se apropia e interioriza de una tradición construida como parte de una invención de nación; producción válida al reproducirse culturalmente en comunidad. Asimismo, otra de las preocupaciones intelectuales presente en los dos libros es el interés por la profesionalización de la Historia en el siglo XIX. Ésta, a partir de la propuesta rankeana, se basó principalmente en la priorización de los documentos, entendidos como la fuente jerárquica de explicación. Ello asignó al documento, quiérase o no, un estigma poco entendido en la producción historiográfica; empero, los autores de estos libros contrastan con dicha visión, al presentar argumentos sustentados en investigaciones originales.

En este sentido, en *Historiografía General*, los nueve escritos que lo componen, se analizaron textos de autores mayoritariamente europeos, pero también uno latinoamericano; lo que resulta una especie de propuesta incluyente, en el sentido de no demeritar la producción historiográfica continental (latinoamericana) frente a las supuestas vanguardias europeas. Y, si bien, los autores seleccionados apenas son representativos de tan prolífico siglo, en cuanto a producción historiográfica se refiere, éstos sirven de pretexto para adentrarse al significado que fue adquiriendo el discurso histórico decimonónico.

Por ejemplo, Ernesto de Icaza navega en las aguas del pensamiento de Johann Gottfried Herder y Wilhelm von Humboldt para observar cómo estos pensadores alemanes conceptualizaron el lenguaje, la educación y la tradición, en relación a la comprensión de la historia. Así, la comprensión decimonónica de la historia es el eje analítico que da sustento al primero de los libros referidos. Por ello, Miguel Ángel Ramírez Batalla propone

un análisis minucioso de la estructura, las fuentes, la metodología y las diversas interpretaciones que estuvieron presentes en la primera obra del historiador suizo Jacob Burckhardt, donde se pueden apreciar las diferentes influencias que un historiador decimonónico experimentó. Asimismo, Sergio Ubaldo, partiendo de los conceptos de historia y de vida del alemán Wilhelm Dilthey, indaga sobre las ideas que éste tuvo respecto al tiempo, la hermenéutica, la biografía y su concepción del mundo, que abonaron para la realización de una epistemología de la historia y una fundamentación filosófica de las ciencias del espíritu.

Por su parte, Juan Manuel Pedraza analiza la idea que Domingo Faustino Sarmiento tenía sobre la Historia y su pragmatismo político para el devenir de la nación argentina; ideas que estarán presentes en muchos autores latinoamericanos que reflexionaron sobre la constitución de sus respectivos Estados Nación y el porqué de su complicada integración. A su vez, Fernando Pérez Celis examina una novela de Alessandro Manzoni, proponiendo que este autor también pensó su escrito como una investigación histórica –ontológica, agregaría quien esto escribe–, pues en la obra de Manzoni se realiza una crítica a los vicios de la sociedad italiana durante el llamado *Risorgimento* a mediados del siglo XIX. Análisis en el que se reconstruye la heurística, hermenéutica, etiología y estilística, subyacentes en Manzoni, para así sustentar la propuesta de que este autor abrevó del procedimiento metodológico que comenzó a destilarse en la construcción historiográfica. En esta misma tesitura, Arantxa Copia Vizcaya propone que no es posible generar una objetividad histórica, pues ello petrificaría el conocimiento, el cual *per se*, está en constante movimiento dialéctico; por tanto, sugiere la autora, siguiendo los planteamientos de Friedrich Nietzsche, la construcción del discurso histórico responde a la variable

tiempo/espacio. Es decir, cuándo y desde dónde se construye dicho discurso.

La lectura conjunta de este primer libro propone que la producción historiográfica decimonónica no se supe- dita a obras de carácter propiamente histórico, pues la literatura variopinta de la época también adquirió un significado importantísimo en ese proceso ontológico que daría forma a comunidades sociales entendidas como Estados Nación. En esta tesitura, Ana Luisa Allen Muñoz explora cómo la literatura victoriana abrevó de las experiencias cotidianas y de un contexto de guerras imperialistas inglesas que se extendieron hasta el continente africano, para analizar cómo dicha literatura, específicamente, de Sir Arthur Conan Doyle, al escribir relatos cortos, da cuenta del mundo que estaba experimentando y cómo dichos relatos son también una fuente histórica. De igual forma, Marian Martínez propone otorgarle un valor historiográfico a la literatura, en este caso a la obra del francés Marcel Proust, con el fin de encontrar en ella una fuente riquísima para la historia social y de la civilización, apoyándose en los planteamientos propuestos por el sociólogo judío-alemán Norbert Elías. Mención especial merece Juan Bautista José Soria Díaz (q.e.p.d.), quien expone, revalora y analiza a cabalidad la obra del historiador francés Jules Michelet, rescatando lo que para muchos podrían resultar nimiedades cotidianas y que, para ambos autores (Soria y Michelet), importan en la medida de ser críticos de sus respectivas sociedades.

El segundo volumen, *Historiografía de México*, está integrado en función de tres ejes analíticos que dan cuenta de diversas obras historiográficas que se produjeron desde y sobre el México decimonónico. Los 16 autores que integran la obra analizan:

1. Algunos temas y debates de la historiografía mexicana decimonónica.

2. La significación de ciertos autores y obras en el contexto del siglo XIX.

3. Las representaciones sociales y la construcción de una identidad nacional en ciertas expresiones culturales.

A partir de estos ejes se muestran las variopintas dificultades experimentadas para integrar a México como un Estado Nación. Proceso harto difícil que se manifestó en los autores y las obras analizadas, evidenciando varias preocupaciones políticas, sociales, culturales y económicas inmersas en un contexto de construcción de lo que se *esperaba* fuera México y lo que *fue* México en su etapa decimonónica. Así, luego de conseguir su autonomía política, el país tuvo que experimentar un proceso para integrarse como una unidad social, lo que conllevó ineludiblemente al cuestionamiento sobre la existencia de una identidad nacional. ¿En qué se basó dicha identidad? Es una interrogante que de forma apropiada los 16 autores de este segundo volumen jerarquizan, en sus respectivos análisis, con el fin de ofrecer explicaciones parciales, desde sus propios análisis historiográficos, pero que aportan sobremanera a una explicación más general y propositiva: la necesidad de conformar una identidad nacional, con el adjetivo mexicana.

De esta forma, la búsqueda de un conocimiento del pasado, el cómo explicarlo y, sobre todo, cómo se interiorizó en un presente decimonónico, también son preocupaciones de los autores que conforman este segundo volumen. Entender las diversas maneras en cómo se fue construyendo una imagen representativa de lo mexicano (a través de significados y significantes), el *nosotros* y los *otros*, es un análisis encomiable de los artículos ahí publicados. De tal forma que la dinámica analítica es correspondiente con la del primer volumen, pues se trató de continuar con un análisis incluyente con respecto de la producción historiográfica, es decir, tanto a obras propiamente históricas

como literarias; develando un mosaico de potenciales fuentes historiográficas.

En la primera parte de este volumen, intitulado “Temas y debates de la historiografía mexicana del siglo XIX”, Patricia Montoya explora la visión oficialista y conservadora del movimiento insurgente, además del proceder de Morelos en la propia insurgencia y en el Congreso de Chilpancingo a través de la obra de Mariano Torrente. Su artículo se liga íntimamente con el de Javier Torres Medina, quien considera que el discurso de Bustamante es oblicuo respecto a lo que éste considera “historia antigua” en función de la reconstrucción de un pasado nacional. Una reconstrucción que fue vital en el México decimonónico y que se constata con la emergencia de discursos regionalistas, como se examina en el escrito de Julio César Rosas Malagón, quien analiza el debate respecto de la integración de Chiapas al territorio mexicano a través de los argumentos contrapuestos de Manuel Larrainzar (México) y Andrés Dardón (Guatemala), exponiendo lo complejo que resultó dicho proceso. Así, la identidad, como parte de un proceso de integración nacional decimonónico, también es abordado por Joaquín Monroy, quien propone que el afamado poeta Manuel Acuña no debería sólo considerarse representante del romanticismo mexicano, sino encontrar en su poesía un anclaje de historiografía nacional debido a su influencia científica al haber realizado estudios de Medicina.

De este modo, las ciencias exactas también representan una arista más en dicho proceso de integración nacional, ya que a través del proceso de profesionalización e institucionalización del discurso científico se hizo evidente la racionalización de un pensamiento que intentó demostrar la evolución de la sociedad mexicana. Como lo demuestra Luis Eduardo Guadarrama al analizar la obra que escribió Francisco Díaz Covarrubias a propósito de su viaje a

Japón para observar el paso de Venus. En este mismo tenor, Ricardo Govantes corrobora cómo la racionalización del pensamiento científico resultó importante para la integración nacional, además de examinar la incidencia de ese discurso científico –que contó con una perspectiva positivista– en el devenir del proceso médico mexicano; discurso científico que no sólo abonó a la producción historiográfica decimonónica mexicana, sino también a la historia de la ciencia mexicana del siglo antepasado.

La segunda parte de este volumen, “Obras y autores en la historiografía mexicana del siglo XIX”, está integrada por cinco artículos que manifiestan una genuina preocupación por ofrecer un diagnóstico general y particular del México decimonónico a partir de diversos autores, algunos reconocidos y otros no tanto, con el fin de ampliar una mirada más integradora.

Por ejemplo, Efrén Sandoval, explora la viabilidad de entender al ingeniero e inventor Juan Nepomuceno Adorno como parte de un contexto filosófico en el México del siglo XIX, ya que Adorno pretendió plantear soluciones ante los principales problemas estructurales de su propio contexto. Esta preocupación ontológica también está presente en Angélica Baena, quien analiza las principales inquietudes heurísticas del antropólogo alemán Eduard Seler, a fin de explicar cómo se han entendido los códigos mesoamericanos a partir de dicho autor, con todo lo que ello ha implicado.

De igual maera, José Cázarez Mata analiza la obra de Justo Sierra Méndez –quien es considerado uno de los intelectuales más destacados de la segunda mitad del siglo XIX mexicano– destacando la importancia que adquirió el proceso educativo y de enseñanza para la estructuración del México moderno, además de hacernos reflexionar sobre los alcances de la actual reforma educativa.

En este mismo orden de ideas, Irma Hernández Bolaños, incita a reflexionar sobre lo imperativo que resulta, actualmente, enseñar a cabalidad lo que se debe y puede entender como el espacio nacional, regional y local en una esfera universal (globalizante, sugeriría quien reseña), desde la visión integradora sobre lo que es un espacio contextual a partir de la obra de Manuel Brioso y Candiani.

Finalmente, Patricia Montoya se adentra a las implicaciones de quien escribe una autobiografía –en este caso de Concha Miramón–, pero desde una perspectiva que incluye la significación de la memoria, el recuerdo, lo olvidado, la intencionalidad y lo escrito por quien relata, es decir, un ejercicio entre la memoria y el olvido, recurrente en cualquier ejercicio cognitivo de lo que se quiere decir sobre uno mismo.

El tercer apartado, intitulado “Representaciones sociales y construcción de la identidad nacional en las expresiones culturales mexicanas del siglo xx”, se compone de cinco artículos. En el primero de ellos, Angélica Montes refiere cómo en la obra de Francisco Pimentel la *integración* del indígena a la sociedad tuvo como trasfondo homologar (“blanquear”) a la población.

En este mismo orden de ideas Gabriela Hilario expone otro mecanismo para dotar de identidad nacional a la población, en este caso a través de la novela histórica *Calvario y Tabor*, de Vicente Riva Palacio. En este sentido, el indio, la identidad y lo nacional, fueron aristas que constantemente se entrecruzaron, como lo demuestra Luisa Alejandra Franco al analizar la ópera *Cuauhtemotzin* de Aniceto Ortega, planteando lo problemático de cimentar una identidad en una sociedad tan divergente como la mexicana del siglo xix.

Precisamente, esa identidad trataría de sustentarse en la representación del indígena como eje axial en la construcción del nacionalismo, como quedó expuesto en

el artículo de Gerardo García, al analizar una obra del, por antonomasia, “maestro indígena”, Ignacio Manuel Altamirano. Otro elemento constitutivo del discurso nacionalista, que se rescata en este libro, es la representación de la mujer.

En este caso Violeta Romo, al analizar la ópera mexicana *Anita* del compositor Melesio Morales, con libreto del italiano Enrico Golisciani, problematiza la construcción de un discurso que dotaría de significado a la identidad mexicana. Finalmente, es indudable que lo aquí referido es sólo un ápice de lo que se puede encontrar en estos dos importantísimos volúmenes sobre historiografía general y mexicana del siglo XIX, aunque serán los potenciales lectores quienes podrán corroborarlo.